

NUESTRO COMPLEJO DE INFERIORIDAD⁶³

Hablar de ese complejo se ha convertido ya en un lugar común. Casi no hay escritor que no lo señale, casi no hay corrillo o conversación en que no se aluda a él.

Ese complejo existe, sin duda. Lo vemos y lo sentimos en todo: en el desdén con que aquí se ven las producciones intelectuales, literarias, artísticas y teatrales de los nuestros; en la inconsiderada preferencia para todo lo extranjero, para todo lo exótico, así se trate de productos industriales, de modas externas, o de doctrinas, ideologías, obras o producciones del intelecto, de la imaginación o del espíritu.

Lo notamos también en esa propensión al más negro pesimismo, que a muchos conduce a desesperar de todo lo mexicano, a ver en nuestro país —en su propio país— a un pueblo degenerado, perezoso y abyecto, incapaz de enderezamiento y de redención.

Mientras este fatídico sentimiento de inferioridad prevalecen grandes grupos o en fuertes sectores de la colectividad, nuestro progreso económico, nuestro progreso político, y sobre todo, nuestro adelanto espiritual, serán raquíticos, insubsistentes o nulos.

Pero no basta señalar esa grave deformación del carácter nacional. Hace falta combatirlo.

Señalarla sin combatirla sería incurrir en el propio complejo o sentimiento de inferioridad.

No hay que criticar por el sólo prurito de criticar. Hay que criticar y que censurar, para corregir, para obtener reformas, para alcanzar resultados mejores que los que se repudian.

¿Cuáles podrían ser, en el caso, los remedios para librarnos de ese extraño y mortífero padecimiento?

Esos remedios pudieran reducirse a uno solo: REEDUCACION.

⁶³ *El Universal*, 2 de febrero de 1944.

Reeducación que nos conduzca a la confianza en nosotros mismos, a la fe en nuestro destino; a esa confianza y a esa fe que han permitido a los pueblos de origen sajón llegar a ser los más poderosos y prósperos en el mundo.

Como es preciso concretar, concretaremos. Será preciso exaltar los auténticos y desdeñados valores nacionales, subrayar las específicas cualidades de nuestro carácter, hacer comprender y sentir al mexicano, que él en muchos sentidos iguala al extranjero y en otros les saca ventaja.

Cuando nuestros compatriotas se converzan de esa verdad y perciban que sus males y deficiencias se remediarán el día que ellos enérgicamente y de verdad lo quieran, pocas naciones habrá entonces en el mundo que compitan con nosotros en recursos y en potencialidad.

Toda la dificultad está en querer, en principiar en querer, en no perder el tiempo en quejas y en cavilaciones.

De muchos años dispone el espíritu humano para hacer obras de superación. No es cosa imposible habituarse a dominar los malos impulsos, a fomentar los buenos, a adquirir el control de sí mismo, a disciplinarse, en una palabra.

El día que el mexicano alcance esa disciplina moral que es lo único que le falte, sabrá sacar partido de su dinamismo racial, de su valor, de su decisión, de su ímpetus, en una forma que ha de sorprender a los propios y extraños.

Nuestro dinamismo es enorme (lo está así demostrando la forma en que los nuestros participan en la campaña de Italia). Lo que sucede es que nuestra energía la dilapidamos en arranques pasajeros, sin continuidad y sin consistencia. El día que la encausamos, seremos grandes.

Pero para eso se necesita, primeramente, que cada mexicano confíe en sí mismo y aprecie en todo su valor la fuerza y las posibilidades inagotables que yacen latentes en lo más hondo del alma nacional.

Una adecuada y atingente enseñanza de la historia es uno de los mejores medios de que se dispone para infundir al pueblo mexicano el sentido de su propio valer.

En vez de ofrecer al examen de la juventud únicamente las lacras, los hechos vergonzosos, los puntos negros de nuestra historia, habrá que presentarle, en forma fuertemente sugestiva, el espectáculo de los episodios gloriosos, de los hechos heroicos, de las grandes proezas de nuestros más ilustres prohombres.

Lejos de ello, es muy común ver a escritores e historiógrafos denigrar sistemáticamente a nuestros héroes, deprimirlos, calumniarlos, hacer todo

lo posible para que desciendan del pedestal en que la veneración pública los ha justamente colocado.

Este intento de restar grandeza y méritos a las figuras representativas de nuestra historia, a los hombres que simbolizan la heroicidad y el civismo, es el más seguro medio de rebajar el nivel moral de nuestra raza. Pueblo que desdeña su pasado, pueblo que desconoce a sus benefactores y reniega de sus patricios, está condenado a sepultarse en el escepticismo y en la esterilidad.

¿Qué cosa buena habrá que esperar de gente que no tiene fe en sí misma ni en sus progenitores? ¿Qué porvenir espera a aquellos para quienes el pasado sólo contiene ruindad y miseria, deshonor y bajeza?

Lo primero que hay que hacer, por lo mismo, para que el mexicano se supere a sí propio y se libre del lastre de complejos o sentimiento depresivos, es edificar la patria historia sobre cimientos de sano optimismo, para inculcar a niños y a jóvenes el sentido de lo sublime y de lo heroico, para enseñarlos a rendir culto a los hombres capaces de llevar su abnegación hasta el sacrificio.

Carlyle afirmaba que el desdén de una generación para los héroes y para los grandes hombres, era y es la más evidente demostración de la pobreza moral y de la decadencia de esa generación.

Ello se explica. Cada hombre actúa de acuerdo con la orientación que le ofrecen los personajes que le sirven de paradigma o de modelo. Si él sólo ve, o sólo cree ver, en la historia de su patria, tipos de histriones, de facinerosos, de “arrivistas” o de aventureros con fortuna, inconscientemente tratará de imitarlos, ya que se reirá de la virtud o de la honestidad que nunca ha visto practicadas. Será como aquellos hijos mal nacidos que viven siempre bajo la obsesión de su desgracia.

Ofrezcamos, pues a la juventud mexicana, en toda su grandeza, el avasallador ejemplo de sus héroes auténticos, de sus prohombres de verdad. Hagámosle ver que una República que antaño supo producir titanes de la acción, paladines de la justicia y del derecho, sabrá reproducir en el futuro esas creaciones, habrá de engendrar nuevas falanges de patricios y de héroes. Ellos surgirán cuando la Patria los necesite.